



Buonuome, Juan: *Un diario para el pueblo. Periodismo de izquierda en la historia argentina. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI, 2025. 254 pp.*

Santiago Ariel Oyos

Universidad Nacional de General Sarmiento  

E-mail: oyossantiago07@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-8919-3885>

<https://www.doi.org/10.5209/rcha.108891>

El estudio de la prensa periódica de fines del siglo XIX y de principios del XX ofrece una ventana privilegiada para explorar los cambios políticos, sociales y culturales de las naciones modernas. Este libro de Juan Buonuome así lo ilustra. En sus páginas, este historiador indaga las distintas estrategias para preservar la existencia y garantizar la supervivencia del órgano periodístico del Partido Socialista Argentino, *La Vanguardia*. No se trata de un periódico menor en el campo de las izquierdas. Por el contrario, fundado en 1894 por Juan B. Justo, Buonuome lo define como “principal vocero del socialismo argentino y el mayor periódico de izquierda de América Latina en este período” (p. 9). Para consolidarse como referente, *La Vanguardia* debió enfrentarse a lo que los socialistas llamaron “prensa burguesa” y a “las conciencias dormidas de las mayorías”. Por eso el propio nombre de *vanguardia*, un puesto de avanzada que no solo defiende lo que tiene detrás suyo (en este caso, al proletariado), sino que también puede atacar a los invasores/competidores si así lo necesita (aquí, la “prensa burguesa” y aquellos que quieran dañar a los trabajadores). Acorde a esta misión fue, según Buonuome, que se desarrolló la existencia entera de *La Vanguardia* desde su creación hasta la década de 1930.

Esta obra sobre la prensa socialista se inscribe en un menú de preocupaciones variadas: la cultura popular y la cultura de masas, la circulación de ideas entre distintas clases sociales, la compleja relación entre prensa política y prensa comercial y el surgimiento de un nuevo e incipiente periodismo, que ya no solo era de uso exclusivo para la propaganda ideológica y partidaria, sino para informar sobre distintos sucesos (considerados importantes a voluntad de cada órgano periodístico) de las principales metrópolis, y de otras tantas localidades alrededor de estas. El libro, desde el primero al cuarto capítulo, explora cómo *La Vanguardia* lucha por una hegemonía cultural que le permitió esgrimir con exclusividad el título del “diario del pueblo” ante los demás periódicos de la Ciudad de Buenos Aires. En rigor, si bien se atribuía el lema de “defensor de la clase trabajadora”, *La Vanguardia* no monopolizaba ciertos temas y causas pese a su antagonismo con lo que denominada “prensa burguesa” o “periodismo mercachifle”. En efecto, su problema radicaba en que esos otros periódicos no sólo tenían más suscriptores, más tirada, sino que además tocaban muchos temas sobre los que los socialistas creían llevar la voz cantante, como la situación de la clase obrera (huelgas, leyes, condiciones de vida de los trabajadores, entre otras). El autor invita, entonces, a reflexionar sobre las formas de apelación y las estrategias periodísticas que sostuvieron los socialistas en esta empresa periodística.

En el primer capítulo, explica que *La Vanguardia* lleva adelante un proceso de transformación de las ideas socialistas, un proceso de “argentinización” por un lado y de masificación por otro: apela a la identificación gauchesca de la época, utilizando imágenes de trabajadores rurales para dar una sensación de comunidad entre el pueblo argentino. De este modo, el socialismo

trascendería el público proletario y urbano para alcanzar a un sector más amplio “popular” y argentino, a todas aquellas personas que se ubicaran en contra de lo que los socialistas definían como “oligarquía inepta y rapaz” (p.62).

En el capítulo más corto del libro, el segundo, Buonuome ejemplifica ese enfrentamiento cultural contra la oligarquía local al documentar la competencia de *La Vanguardia* con aquellos principales diarios de tirada nacional que asumía como defensores de las clases dominantes: *La Nación*, *El Diario* y *La Prensa*. Según sostiene, *La Vanguardia* veía a estos periódicos como faltos de la misión pedagógica que debía comprometer al periodismo, y los tildaba de empresas capitalistas que sólo adoptaban y reproducían las opiniones políticas que más les llenara las arcas.

En el tercer capítulo, titulado igual que el libro, y en el cuarto, el autor se concentra en las estrategias específicas que *La Vanguardia* utilizó para poder esgrimir ese título: “el diario del pueblo”. Principalmente, en 1905 pasó de ser un semanario a un diario matutino y, junto a la creciente financiación del partido (debido a la elección del primer diputado socialista, Alfredo Palacios), logró aumentar la tirada del periódico, contratar más redactores y expandir la cantidad de páginas por número. El consecuente desafío consistió en utilizar ese espacio adicional con algo más que noticias sueltas con una mirada crítica e ideológica. Según Buonuome, *La Vanguardia* decidió seguir los pasos de la “prensa burguesa” y se sumó al proceso del consumo de masas al diversificar los tipos de productos publicitados en sus páginas. En ellas podían encontrarse, en consecuencia, no solo productos en sentido de mercancía, sino noticias y secciones similares a la de los grandes matutinos. Aparecieron secciones como “telegramas” (dedicados a noticias extranjeras), “policía” (que informaba sobre los crímenes en Buenos Aires), o “tribunales”. Todas secciones que emulaban a las de la “prensa burguesa” con las que se suponía enfrentado, pero que le servían para atraer un mayor número de lectores. Como demuestra este historiador, la estrategia probó exitosa. *La Vanguardia* fue alcanzando un público más amplio, ya que para finales de la década de 1910 alcanzaba una tirada de más de 50.000 ejemplares por día, comparada con la de los 5.000 semanales que exhibía en 1897.

El órgano periodístico del Partido Socialista argentino logró entonces aproximarse con originalidad a ese pueblo que decía defender y que buscaba persuadir para su causa que, por supuesto, no abandonó. *La Vanguardia* publicitó productos deseables culturalmente por las clases medias y bajas que aspiraban a hacer suyo el sueño de la movilidad social ascendente propia de una sociedad de inmigración. Buonuome demuestra así que *La Vanguardia* logró pisar fuerte en el escenario periodístico de la Ciudad de Buenos Aires y atraer a las masas populares a sus páginas gracias al deporte, al teatro, a las películas de *Hollywood* y a la cobertura de sucesos de interés general en Buenos Aires.

Al llegar a su quinto capítulo y el epílogo, el eje temático vira de estas explicaciones sobre el acercamiento de *La Vanguardia* al público lector a través de una inteligente utilización de noticias y publicidades hacia otra lucha que enfrentó el periódico socialista: la censura del propio Estado. La década de 1930 en Argentina estuvo marcada por la violencia, el autoritarismo, y el fraude, un contexto hostil para su misión periodística. Según Buonuome, el socialismo argentino pasó de tener como enemigo principal al mercado a poner bajo su mira al propio Estado totalitario. Para el autor, por el peligro que conllevaba un estado enemigo de la prensa, *La Vanguardia* debió cambiar su contenido y su objetivo: antes que privilegiar su acercamiento a las masas populares tan detalladamente descrito en los primeros cuatro capítulos, priorizó enfocarse en la misión pedagógica que los socialistas creían debía tener el periodismo.

La lucha contra el antiliberalismo se convirtió, para Buonuome, en el elemento principal de la ideología de *La Vanguardia* a partir de la experiencia dictatorial de comienzos de los años '30. El epílogo, entonces, no solo del libro de Buonuome sino de *La Vanguardia* misma, se da en el marco de la lucha de este periódico socialista contra el antiliberalismo en la década de 1940. La nueva dictadura comenzada en 1943 clausuró en repetidas ocasiones al órgano periodístico del partido socialista, pero no sería hasta 1947 durante el gobierno de Juan Domingo Perón, que *La Vanguardia* cerraría sus puertas definitivamente.

Para concluir, la obra de Buonuome revela qué hizo de *La Vanguardia* un periódico único. Su compromiso con la difusión del ideario socialista quedó inevitablemente entrelazada a la

emergencia de la democratización política, social y cultural argentina de principios del siglo XX. Sin duda, mediante la prensa, los socialistas buscaron poner en primer plano las necesidades de las clases trabajadoras concebida en los términos de su doctrina, concibiéndose así como una vanguardia, un referente en la batalla por la audiencia popular. Ahora bien, lejos de representar a este periódico como una especie de cámara aislada, encerrada en la simple reproducción de sus ideas y en antagonismo con todo lo que no considere cercano a su pensamiento, Buonuome demuestra acabadamente que *La Vanguardia* se integró como un referente para nada menor de la modernidad periodística de la Argentina de principios del siglo XX.

Un diario para el pueblo es, entonces, un libro que cruza varios campos de intereses historiográficos de manera fecunda y convincente ya que aporta a discusiones sobre las prácticas políticas y culturales de las izquierdas, a la vez que contribuye a una comprensión exhaustiva del mundo de la prensa, el consumo y la cultura de masas en la primera mitad del siglo XX. El libro atrae tanto por su interpretación sobre las características de *La Vanguardia* como por la utilización aguda del corpus, el método para analizar publicidades, notas periodísticas y reconstruir las biografías de las personalidades que rodean al mundo periodístico. A estos atractivos se le suma el hecho de que Buonuome transmite sus hipótesis bien fundadas, de manera organizada, entendible, y persuasiva lo que convierte a este libro en una referencia obligada para especialistas a la par que de interés para un público amplio interesado en la compleja relación entre prensa y política en la Argentina del siglo XX.